

Aliso

revista



Nº 17 | ABRIL 2020

JAREMO
4/12



La obra de la tapa, como aquellas que ilustran la revista, forman parte de la colección realizada por el artista plástico y escritor Julián Obeid. El autor nació en Diamante (Entre Ríos), en 1956. Abogado (U.N.L.), integró, como funcionario y magistrado, el Poder Judicial de la provincia. Con Ana Editorial publicó Narguile, cuyo uno de sus cuentos también integra este número.

Además, escriben en Aliso Revista: Juan Manuel Alfaro, Alfredo Di Bernardo y Alejandra Cordero; y con el cuento "Insurrección" le hacemos un homenaje a Graciela Noemí Caffé, escritora entrerriana que falleció días atrás.

www.anaeditorial.com

f Ana Editorial
@anaeditorial

EDITORIAL

ALISO REVISTA EN LA CALLE, EN INTERNET Y EN LAS REDES

Desde este número, Aliso Revista también puede descargarse de manera digital a través de la página Web de Ana Editorial (www.anaeditorial.com). Pero también podrá descargarse toda la colección. Es un regalo, una apuesta. La revista siempre fue gratuita y creció con el paso del tiempo, llegó a distintos lugares, algunas, sabemos, fueron enviadas al exterior del país. Hoy damos este paso porque muchos lectores la querrán, pero la cuarentena no les permitirá llegar hasta ella.

Siempre entendimos a Aliso Revista como la excusa para el encuentro entre el editor, el escritor, el lector y el librero. A este número lo repartiremos en puestos de diarios y será así hasta que las librerías, museos y bibliotecas de Paraná comiencen a abrir sus puertas. Y también la ofreceremos por la web.

Cuando inició la cuarentena publicamos una antología digital: *Literatura para enfrentar enemigos invisibles*. De ella



participaron 15 escritores. Hoy debemos decir que logramos más de 300 descargas únicas y hubo días con 1.000 visitas al sitio Web. Por eso, también decidimos poner a disposición Aliso Revista; los lectores, los escritores y los auspiciantes lo merecen.

Mientras, continuamos en la esta lucha colectiva contra la pandemia: contra el coronavi-

rus, contra el dengue y contra el hambre. Creemos en la palabra escrita, en la literatura y en la historia; en el medio de la tormenta ofrecemos Aliso Revista como un pequeño refugio, un espacio para el encuentro, una pausa necesaria dentro de la otra pausa también necesaria. Estamos separados, pero estamos juntos; y vamos a ganar. Queridos lectores, sigan ahí.

ESPLÉNDIDA MAÑANA

Este cuento pertenece al libro **¿Los zulúes son azules?** de Juan Manuel Alfaro, publicado por Ana Editorial, en 2018.

Se sentó en la cama y buscó con los pies las pantuflas. No encendió la luz para no interrumpir el sueño de su mujer. Contrariando la costumbre, se habían acostado tarde, y ella no tenía ninguna obligación que cumplir. Por suerte era viernes y la perspectiva de una larga siesta lo animaba a enfrentar la mañana sin demasiados remordimientos.

Al pasar frente al espejo, tuvo una extraña sensación pero, en realidad, recién empezó a advertirla cuando sintió el agua tibia de la ducha deslizándose por todo su cuerpo, tardando en arrastrar los restos de la noche, como si la resaca de un mal sueño aún resistiera adherida a la piel y no quisiera desprenderse. Permanecía con los ojos cerrados, no sólo para evitar que el jabón pudiera irritárselos, como le sucedía cada vez que la distracción era más fuerte que sus precauciones –y esto le ocurría con bastante frecuencia– sino porque trataba de reconstruir el instante en que había pasado frente al espejo, porque sabía que había visto algo, algo distinto, raro. Jamás se detenía en el espejo antes de la ducha. Pasaba frente a él y, obviamente, el espejo, lo reflejaba, pero no le prestaba atención hasta el momento de afeitarse. A decir verdad, no le prestaba atención al espejo, sino al espacio que ocupaba su cara en él y, en cierto modo, tampoco a su cara completa, sino desde las patillas hacia abajo e, incluso, sin el labio superior oculto, desde hacía años, por la mata del bigote. Para el peinado prescindía del espejo. A veces, aunque esto no ocurría en las mañanas, de lunes a viernes, sometidas a una rutina cronométrica y -a esto también hay que decirlo- sin dramatismo alguno, hasta agradable, “de mutuo consentimiento”, podría decirse, a veces, con un sentimiento semejante a la melancolía –sin llegar a serlo, pero llevaría mucho tiempo y demasiadas palabras tratar de explicar lo que, en definitiva, es posible que no quedara perfectamente definido-, contemplaba su calva, su brillante



superficie extrema, pulida y desolada como esos desiertos que suelen mostrar en los documentales mientras una voz asegura que, alguna vez, allí hubo un lago que fue despojado de sus aguas por algún cataclismo y después los vientos fueron erosionando hasta dejar sólo la piedra lisa, incommovible. Pero no ahora. Ahora no pensaba en su calva que acariciaba, como un perdón, el agua tibia. Ahora procuraba recobrar ese instante distinto del espejo, esa imagen, porque viniendo de un espejo no se puede esperar otra cosa que no sea una imagen, pero imagen de qué,

de quién. Si era él quien había pasado frente al espejo, indudablemente debía ser la suya. Pero por qué razón había tenido esa extraña sensación e, incluso, había tardado en experimentarla. Como si los sentidos actuaran con retraso. Cerró la llave y recién abrió los ojos. Ya se había secado, minuciosamente, y aún la nube de vapor no se disipaba. Volvió a prometerse que iba a hacer colocar un nuevo extractor. Le pasó la toalla al espejo, pero mientras buscaba en el botiquín la crema de afeitar, la brocha y la maquinita, el espejo volvió a empañarse. Le pasó otra vez la toalla y vio el rostro reflejado. Necesitaba lentes. Debía aceptarlo. Cerró y abrió los ojos, una y otra vez, presionando los párpados, procurando hacer más clara y definida la visión. Se pasó la mano por la cara, primero la punta de los dedos, después toda la palma, no tanto para comprobar los retoños ásperos de la barba, como para verificar que ésa no era, lo que le había parecido al principio, la cara de un desconocido. Era la suya. Pero había algo que no concordaba. No podía definir qué, pero algo en su cara no era suyo. Cuando la tuvo cubierta de espuma, inició el prolijo proceso de siempre: primero el lado derecho, bajando desde la patilla hasta la mandíbula, luego el izquierdo. Después levantó algo la cabeza y deslizó la maquinita por el cuello, hacia abajo.



Volvió a cubrirla de espuma y realizó la operación inversa. Abrió la canilla, dejó correr abundante agua, al tiempo que enjuagaba la máquina y la brocha; se enjuagó también la cara, y secó todo con la toalla. Guardó los elementos en el botiquín y tardó un momento más en cerrarlo. Hacía todo como si quisiera demorar un nuevo enfrentamiento con el espejo. La cara ahora estaba limpia, fresca, sin ninguna sombra de barba. Parecía radiante. Se alisó con los dedos el bigote, se aplastó un poco las cejas, siempre rebeldes, y se peinó con las manos los pocos pelos que resistían a ambos lados de la cabeza. Sin embargo, sentía que había algo que no encajaba, como cuando uno termina, por fin, de armar un rompecabezas y al querer disfrutar la imagen completa y hacer gala del ingenio y la destreza, descubre que aún le queda una pieza en la mano. Pero, en este caso, cuál era la pieza, qué era lo que sobraba.

Volvió a la habitación. Su mujer dormía plácidamente. Se vistió sin encender la luz. Siempre dejaban algo levantadas las persianas, para que la claridad fuera ingresando suavemente, sin la agresión que supone encontrársela toda de golpe. Todas las mañanas desayunaban juntos, pero como se habían acostado tarde, no quiso despertarla y se marchó sin despedirse.



Juguemos con los versos

Jorge Alberto Bergallo

EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com /
0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

En el ascensor tuvo que volver a enfrentarse con el espejo. Como todos los días, se ajustó y arregló el nudo de la corbata. Era una de sus preferidas: la azul con delicadísimas pintitas grises, algo brillantes. Cuando estaban de moda las corbatas sobrias, él estaba de moda. Cuando la moda imponía las corbatas extravagantes, llamativas, de colores vivos, exageradamente anchas o exageradamente angostas, él se mantenía fiel a las clásicas. Se ajustó, entonces, el nudo y quedó complacido con la posición, la forma y el tamaño que, en general, por el reiterado uso, la corbata adoptaba por sí misma. La imagen del espejo le devolvió la satisfacción que pareció insinuarse en una sonrisa que se quedó en eso: una insinuación. Porque volvió a sentir algo como una presencia intrusa en su cara.

Al salir a la calle, aspiró la frescura de la mañana. “¡Espléndida mañana –recitó recordando unos versos que había memorizado alguna vez–, si no fuera esta diaria rutina del empleo; largarse por el campo, de paseo, a impregnarse de sol y primavera!”

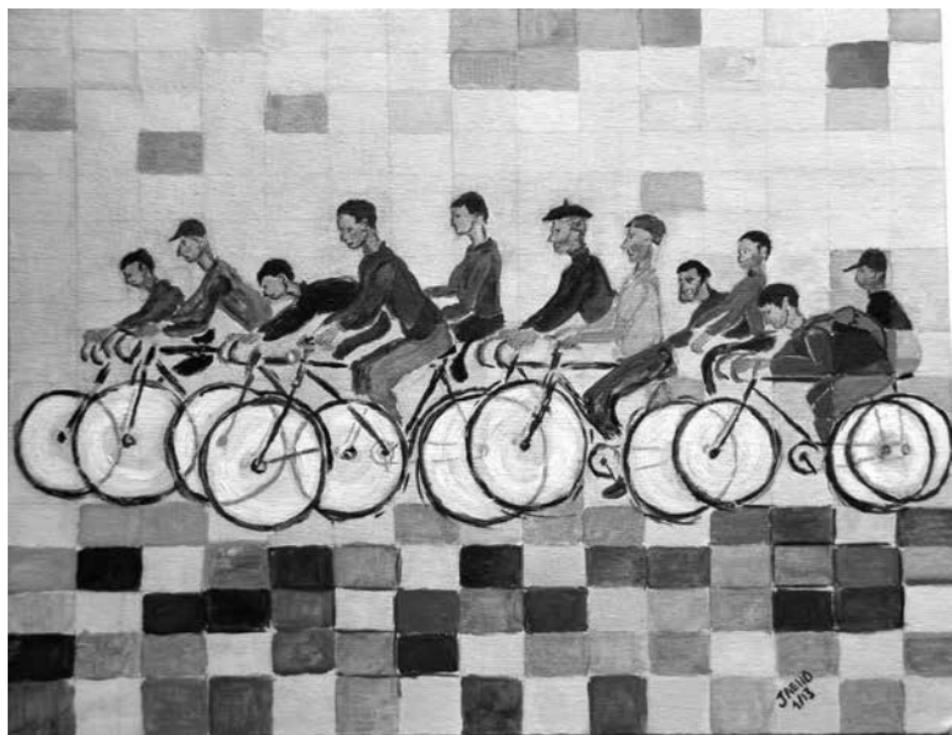
Caminó hasta la parada del 6 y, por suerte, el colectivo vino enseguida. Se bajó al llegar a la plaza y empezó a caminar hacia el Banco, pero cuando apenas había hecho unos pasos, recordó que no había desayunado y se dirigió hacia el café de la esquina. ¿Cuánto hacía que no iba a un café? La mayoría de las mesas estaban vacías y eligió una junto a la ventana. Pidió un cortado doble con medialunas y se puso a contemplar a la gente que pasaba. Algunos parecían cargar todo el desgano junto. Otros, con tanta prisa, como si el mundo dependiera de que ellos llegaran para empezar a funcionar. Que llegaran, ¿a dónde? ¿Y cómo lo verían a él todas las mañanas? Trató de imaginar que no era él quien estaba junto a la ventana, para ver si podía verse pasar entre la gente y descubrirse cómo era en realidad. Aspiró el olor del café, como si fuera el olor de la mañana, de la espléndida mañana...

Jamás faltaba a su trabajo. En los últimos quince, veinte años, no recordaba que se hubiera tomado un día. Buscó en el celular el número del Banco y llamó para avisar que iba a faltar, que no se sentía bien, que le dijeran eso a Muñoz. Nada importante. Sólo eso: que no se sentía bien, pero nada serio, que no se preocupara. No quería hablar con Muñoz, porque tendría que darle alguna explicación, no porque el Jefe de Personal se la fuera a exigir, sino porque le extrañaría que faltara. No. Decididamente no quería hablar con Muñoz. No, está bien, le dijo a la telefonista, por favor comuníqueme eso nomás. Pensó en llamar a su mujer para



decirle que había decidido tomarse el día, pero quizás todavía estuviese disfrutando del sueño. Se habían acostado tarde. Nunca salían entre semana. En verdad casi nunca salían y, menos, entre semana. Mejor, dejarla descansar, total las pocas veces que lo llamaba, lo hacía al celular, no a los teléfonos del Banco que, salvo muy temprano, se volvían imposibles. ¿Y si Muñoz lo llamaba a su casa? Su mujer se iba a preocupar. Tal vez hubiera sido mejor hablar con Muñoz. Ahora, lo llamo, se dijo. Pero lo olvidó enseguida. El placer del café, tomado así, sin apuro, mirando la prisa entrecruzada de los otros, los pasos de los otros, la gente sin él, fue mucho más fuerte.

Pensó que podría pasarse así toda la mañana. Debería hacerlo más seguido, se dijo. Una mañana cada tanto, para sentirse otro, para ser distinto. No supo en qué momento se habían ocupado todas las mesas. Y al verse rodeado de tanta gente ya no se sintió tan a gusto. Llamó al mozo, pagó y antes de salir fue al baño. El café siempre tenía para él un efecto diurético. Tal vez le convendría hacerse ver de la próstata. Algunas noches tenía



que levantarse urgido por un fuerte deseo de orinar y después tardaba en hacerlo. Ahora no pasó eso. Es más, le pareció que hacía tiempo que no lo hacía con tanto placer. Cuando se lavó las manos, impensadamente, se encontró con el espejo y le sonrió a su imagen que le devolvió el mismo gesto de complicidad, casi infantil, como si le dijera “nos hicimos la rabona”. ¿Le seguirán diciendo así los chicos? ¿Cuánto hacía que no hablaba con un chico? Ellos no habían podido tener hijos. Al principio, hasta los había desesperado, era un tema que los rondaba siempre, pero después se fueron acostumbrando a ese mundo de los dos, sólo de los dos... Se había olvidado de la sensación extraña que había empezado a sentir en la ducha y que se hizo más nítida cuando emergió de la nube de vapor y desempañó el espejo. Se aflojó el nudo de la corbata y hasta tuvo la intención de sacársela y guardarla en el bolsillo, pero no lo hizo, porque cuando estaba con ese pensamiento volvió a ver su imagen y, sobre todo, volvió a ver algo en el reflejo de su cara que no le pertenecía.

Salió a la calle y lamentó que la mañana ya hubiese perdido la frescura y el esplendor que había tenido ¿hacia cuánto? ¿Una hora? Parecía la mañana de otro día, más que de otro día, de otro año, de otra vida. Caminó por la peatonal en dirección al



Diseño gráfico y sublimación

Objetos personalizados: tazas plásticas y cerámicas, jarras, lapiceros, almohadones, set de jardín, rompecabezas, diseño de tarjetas para cumpleaños y todo tipo de eventos, adhesivos y mucho más!

Encontranos en facebook: Ideas en Remolino
 correo electrónico: ideasenremolino@gmail.com



río. Ahora no prestaba atención a la gente que iba y venía, a esas prisas de nadie. Al llegar al final de la peatonal, atravesó en diagonal la plaza y al llegar a la fuente se quedó un momento contemplándola. Era hermosa. Realmente hermosa. Por qué no salían con su mujer a eso, a mirar las plazas, a recorrerlas en su intimidad, a apreciarlas en sus pequeños detalles. Esta fuente, por ejemplo, uno se podría pasar horas descubriéndole cosas. Nos acostumbramos tanto a nuestra ciudad, que dejamos de verla. Si de pronto nos pidieran que describiéramos nuestra calle, nos veríamos en apuros para hacerlo. Anoche su mujer estaba muy bella, como hacía tiempo que no estaba. Pero qué vestido tenía ayer, cuando él llegó del Banco. ¿De qué color era la toalla con la que se secó esta mañana al salir de la ducha y con la que desempañó el espejo –tuvo que hacerlo dos veces– para ver que en su cara había algo que no encajaba, como una palabra fuera de lugar, aunque una palabra fuera de lugar es fácilmente identificable, y lo que había visto ¿lo había visto, en realidad?, bueno, lo que había sentido, pero ¿lo había sentido o lo había imaginado? ¿O había creído sentirlo y, entonces, creyó que había visto...?

Enfrente estaba el Museo de Bellas Artes. ¿Cuánto hacía que no entraba a un museo? ¿Se podrá visitar a esta hora? Se podía. Y lo hizo. Una empleada le indicó, diligentemente, las distintas salas que podía recorrer, y le recomendó, especialmente, una. Él no prestó demasiada atención a sus indicaciones, aunque le agradeció su gentileza, y se dejó llevar por su propio instinto. Al principio las obras no le decían mucho. No tenía ninguna formación artística. En otros tiempos solía ir a las exposiciones, leer, ¿cuánto hacía que no leía nada? ¿cuánto hacía que no iban al cine?, pero después empezó a detenerse en cada pintura, tratando de apreciar algo, al menos, de lo que el artista había querido transmitir, y finalmente, optó por contemplar, durante horas, una sola. Era un hombre frente a un espejo. O, mejor, un espejo que reflejaba a un hombre mirándose. Si se lo hubieran preguntado, no habría podido explicarlo, pero él sintió que la clave del cuadro estaba en los ojos, más que en los ojos, en la mirada, como si el hombre no pudiera encontrarse en su mirada, como si lo que él buscara al mirarse ya no estuviera en él. En su adolescencia, cuando aún lo entusiasmaba la idea de escribir, hubiera podido imaginar, quizás, un espejo que fuera capaz de conservar, de resguardar, todas nuestras imágenes. Hubiera podido escribir un cuento. ¿Cuánto hacía que no leía un cuento?



El museo cerró a la una y él atravesó la plaza –no se detuvo en la fuente–, caminó por la peatonal, desvió en una esquina y buscó una parada del 6.

Al llegar, subió al ascensor y al verse en el espejo recordó el cuadro del Museo y la extraña sensación de esa mañana. “¡Ah, era eso!”, se dijo. Y se rió con ganas. “El que solo se ríe de sus picardías se acuerda”, le decía siempre su madre. Y volvió a reírse. Si no hubiera sido por el espejo... ¡Cuánto hacía que no vivía una mañana como ésa! ¡Una espléndida mañana! Hizo girar la llave. Un acto casi inexistente, de tan repetido. Pero ahora era diferente, lo sintió como si lo hiciera por primera vez, como si por primera vez entrara a su propia casa.

TEXTOS DE CUARENTENA

Los sueltos que siguen son de Alfredo Di Bernardo y luego de compartirlos con algunos amigos, nos autorizó a publicarlos en este número de **Aliso Revista**.

I

¿Y si nuestra vida cotidiana nunca vuelve a ser tal cual la conocimos hasta ahora (y, exentos ya de tanto banal desasosiego, nos damos cuenta de que podemos vivir con la mitad de las cosas que tanto nos preocupaba conseguir y conservar)?

¿Y si nuestra vida cotidiana nunca vuelve a ser tal cual la conocimos hasta ahora (y, con retroactiva clarividencia, detectamos la ostensible sinrazón de tantas malasangres anteriores)?

¿Y si nuestra vida cotidiana nunca vuelve a ser tal cual la conocimos hasta ahora

(y, despojados ya de tantas absurdas vanidades, descubrimos que el éxito consiste sólo en despertarnos y estar sanos)?

II

Los que trabajamos con palabras sabemos que hay muchas maneras de decir lo mismo, y que cada una de esas maneras lleva implícita una resonancia específica que la distingue de las otras.

Mantenerse informado sobre la evolución de la pandemia es necesario, pero está claro que ese seguimiento diario que hacemos del número de víctimas, como si fuera un ranking de la muerte, desmoraliza, genera alarma y aumenta la preocupación. Y ya se sabe que el estrés baja nuestras defensas, nos hace más vulnerables.

Así que, sin ánimo de minimizar la gravedad de la situación, sin ánimo de transformar este mensaje en una muestra de optimismo insustancial o de cínico egoísmo, me voy a permitir este experimento lingüístico, diciendo de un modo radicalmente diferente algo que todos sabemos. Ahí va:



Estadísticas de la pandemia actualizadas al 31 de marzo:
43.999.000 argentinos no tienen coronavirus.

III

Húmeda y gris, la mañana se despereza lenta sobre la plaza de Rincón. En el cajero automático de la esquina ya hay más de treinta personas que hacen cola, guardando la aséptica distancia



impuesta por el miedo. Pero la cola no avanza y la desalentadora inmovilidad se traduce en una corriente nerviosa que recorre la fila hacia atrás y hacia adelante bajo la forma de preguntas impacientes y respuestas conjeturales. “El cajero está muerto”. “¿No tiene plata?”. “Dice que está temporalmente inhabilitado”. “¿Lo van a arreglar rápido?”.

Enfrente, por la vereda de la plaza, en rumbo paralelo a la cola, circula un linyera. Zapatillas rojas desarmadas, remera deportiva cubierta por un abrigo agujereado, gorra amarilla de Globo coronando su cabeza, una mano deforme apoyada sobre un bastón precario, la otra sosteniendo un gastado bolso de compras, el hombre seguramente, menos viejo de lo que parece mira la cola y saluda a algunos conocidos. Al llegar a la garita, le consulta algo por lo bajo al muchacho que espera el colectivo. Entonces detiene su marcha. Su figura decadente queda transitoriamente enmarcada por la grandiosidad del árbol de la esquina. Desde allí pasea su mirada algo perdida a lo largo de la fila de preocupados aspirantes a utilizar el cajero. Lo hace como quien mira los restos de una civilización que se ha extinguido y luego exclama:

—¿Así que no hay plata?

Después, sigue arrastrando sus pasos en dirección al este. El sol introvertido de otoño no se decide a iluminar esa mueca suya que, en caso de que el hombre tuviera dientes, podría ser calificada como una sonrisa burlona.

IV

Enciendo la tele y pongo un canal de deportes. Están pasando los mejores goles del Burrito Ortega. Veo jugadores corriendo detrás de la pelota, veo multitudes poblando las tribunas, y me pregunto: ¿cuándo sucedió todo eso? ¿En qué era geológica? Me siento como si estuviera mirando un documental sobre la ira. Guerra Mundial. Peor aún: el testimonio filmico de una civilización extinguida. Cuesta digerirlo, pero sí; TyC Sports se ha transformado en History Channel.

Recuerdo que hace poco, el mes pasado, andaba preocupado por la campaña de Colón en la Superliga, y ahora esa preocupación se me antoja un desvarío. Mi hábito de buscar en Internet información sobre los partidos jugados se ha vuelto anacrónico, un empeño actualmente tan absurdo como el de alguien que se obstinara en googlear: “10 tips para alimentar correctamente a

su mamut:”

Entre el tele y yo está la mesita blanca de plástico, la que abollé sin querer de un puñetazo gritando aquel gol de Alario contra Olimpo en el cuarto minuto de descuento. La mesita me interpela; la cicatriz que dejé sobre su superficie me recuerda que sí, que todo eso ocurrió de verdad, que hubo un tiempo en que el fútbol era algo real, vivo. Pero con eso no alcanza; al fin y al cabo, también es cierto que en el Museo de la Iglesia de San Francisco está la famosa mesa con la marca del tigre, y sin embargo cualquiera sabe que ya no circulan yagaretés por el Parque del Sur.

¿Tendremos que resignarnos a que el fútbol se vuelva material de museo, territorio irreversible de nostalgias? ¿Quedará limitado a su dimensión virtual, reducido a ser sólo un juego de Play Station? Vaya uno a saber. Sé que en nuestro horizonte hay incertidumbres más graves por las cuales alarmarse, pero qué quieren que les diga no me gusta imaginar un mundo en el que decir “Rojo y negro” no tenga más sentido que el de citar una novela de Stendhal. Un mundo desabrido en el que festejar un gol sea una expectativa tan insensata como la de ponerse a esperar que pase el 17 para ir a la Rambla López a tomarse una Spur Cola.

La suerte de las flores

Melé Graglia



EDITORIAL
ana

La suerte de las flores

Melé Graglia

EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com /
0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

DIENTE DE LEÓN

Diente de león es la novela de Alejandra Cordero, escritora de Gualeguay. Es una nueva obra publicada por Ana Editorial a partir de un esfuerzo conjunto entre la autora y el sello.

Iba a ser presentada en marzo con el apoyo de organismos municipales y referentes de la educación y la cultura de la ciudad entrerriana. La cuarentena no nos permitió esa posibilidad, pero será la excusa para el reencuentro una vez que pase esta pandemia y podamos volver a las calles, a las plazas y a los espacios culturales.

Aquí la contratapa del libro y el capítulo titulado *Diente de león, panadero*.

Cuántos panaderos deberá soplar la niña de esta historia. Cuántos pasarán por el soplo de aliento de su boca y se diluirán sin que se sienta entera. Cuántos deberá soplar para ya no estar rota.

Aferrada al borde de una baldosa, la voz de la niña se planta y vuela. Dice aquí estoy, así soy y así quiero ser, y lo dice con sus propios colores, enraizada al suelo cuando a su alrededor le exigen silencio y sumisión.

Diente de león es una búsqueda de la identidad. Es un recorrido por la inocencia, una que a veces dura poco y que por suerte se recupera en otros momentos de la vida.

Y esa niña parada en el medio de la vereda conoce la historia de cada planta, de cada flor, de cada enredadera que crece y trepa; como también de cada uno de los adultos que la cuidan y la desprotegen, que la acompañan o la dejan sola. La niña crece a lo largo de estas páginas, enfrenta injusticias pequeñas y grandes en la escuela, en su casa y en la calle.

Diente de león es el primer libro publicado de Alejandra Cordero. Una ingenuidad perspicaz; una novela inolvidable.

Diente de león, panadero

Quién no ha soplado de niño, o no de tan niño, con suavidad y luego con todas sus fuerzas un panadero. Soplar hasta que las mejillas se inflen bastante y eso provoca un poco de dolor, tanto aire y luego intentas administrarlo y si no se desarma hay que



volver a soplar pero con más fuerza, soplar y soplar para diluirlo en el aire, para alejarlo, para que vuele, para que se eleve hasta las nubes si hay un poco de viento; para que lleve esperanza y cumpla sus sueños. Así se suelta al aire un panadero, así se esparce al cielo un diente de león.

Le decimos, al menos en esta zona, panadero porque tiene en el centro una semilla y es acaso un globo llevando un pan, un alimento al corazón, una ilusión, un sueño. Soplo la flor de diente de león y mis ojos se agrandan, me desborda el sentimiento e incluso puedo olvidar dónde estoy, mi mirada se agudiza y siento que mi corazón se expande. Me concentro en la flor y en sacar mucho aire desde mis pulmones, en darle su oportunidad a esta flor.

Qué secretos esconde esta flor que en la simbología está tan ligada a la pureza, a lo efímero, a lo que es hoy y luego deja de ser, a la inocencia y por ende a la infancia, a la infancia idealizada de unos pocos, a la inocencia que a veces dura poco y que por suerte algunas veces en la vida se recupera; aunque más no sea por instantes por parte de quienes llevamos un diente de león



en el corazón.

Siempre la inocencia, la esperanza, la ilusión y el entusiasmo por el simple, maravilloso y complejo hecho de estar vivos se recupera por parte de aquellos que aún añoramos emprender el viaje en busca del Mago de Oz, ser amigos del Sombrerero Loco, auxiliar a Blancanieves o a la Bella Durmiente, ser como Bella que enamora a la Bestia leyéndole historias, tener amigos invisibles, creer que todo es posible por el solo hecho de creerlo y dormir una noche con Heidi para levantarnos y sentir en los pulmones la crudeza del aire puro de los Alpes, para conmovernos con la inmensidad de la naturaleza y sabernos parte del Universo. Ser cuando grandes tan valientes como otras heroínas y desear otras vidas y vivirlas a partir de la lectura en tiempos o parajes remotos.

Cuántos panaderos querré o deberé soplar en todos los años que vendrán. Cuánto tardaré en sentirme comprendida, en no sentirme sola, en entender que todo lo que ha pasado no es tanto, no es tan grave y lo es al mismo tiempo, cuántos panaderos pasarán por el soplo de aliento de mi boca y se diluirán sin que yo me sienta entera, cuántos habrá que soplar para ya no estar rota. Cuántos libros abriré buscándome, cuántas historias protagonizaré, recorreré y cuáles me sanarán, cuántas vidas protagonizaré. Cuántas veces seré el lobo estepario o un personaje de Dostoievski, cuántas veces algún personaje menos oscuro.

Dejaré acaso algún día de mirar lo que no conozco con ojos ávidos por aprensar las cosas, dejaré algún día de creer que un libro es la mejor bendición que alguien puede ofrecerme y que para muchos la Literatura no es un pasatiempo sino nuestra casa, nuestra vida, un lugar, nuestro único lugar posible. Dejaré de sentir algún día con ese dolor en el corazón que duele y duele tanto como para romperse.

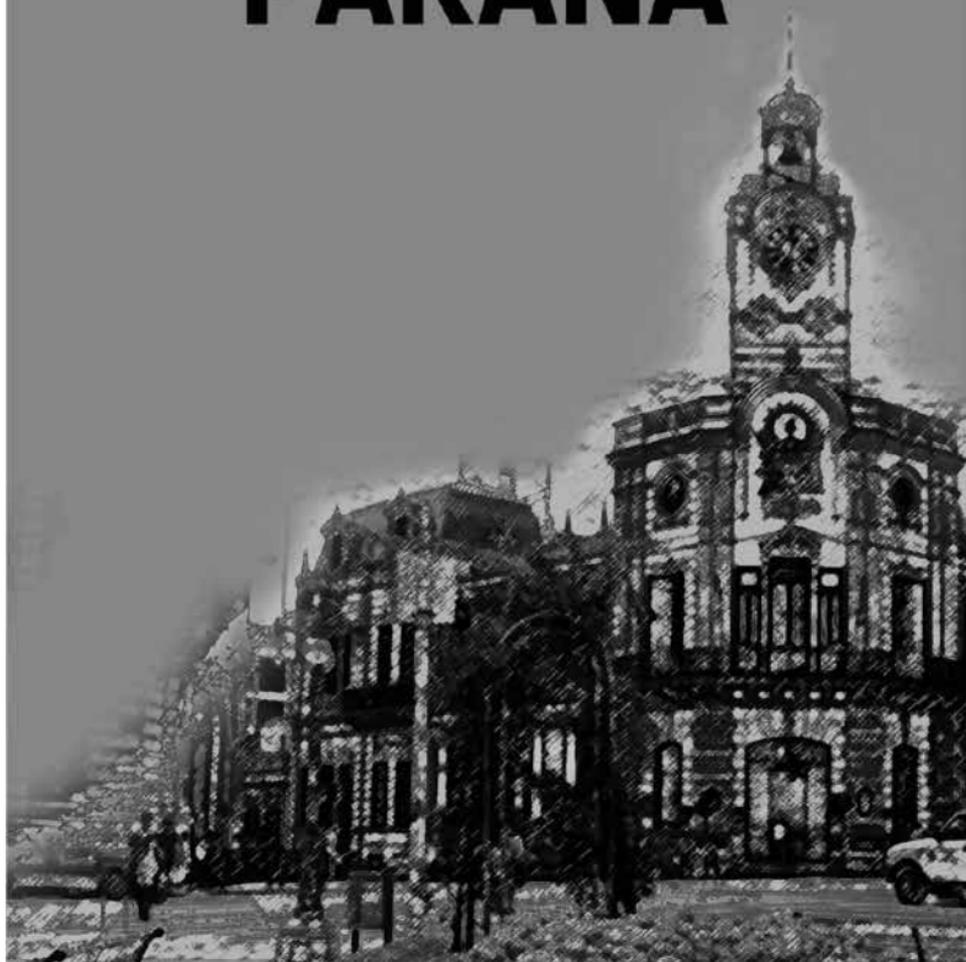
Dejaré algún día, me pregunto, de ser esa niña ingenua y dura a la vez, bondadosa y a su vez muy interesada, tierna, dulce y mala en algunas ocasiones, dejaré de ser esa niña a la que es fácil lastimar incluso sin siquiera pensarlo y que luego actúa desde el rencor y la herida. Dejaré algún día de ser esa niña lastimada que hoy soy.

Podré ser la niña que sopla panaderos y que alberga realmente la inocencia, el amor y no el dolor en su corazón. Podré ser la niña de cabellos sueltos, largos, peinados pero a la vez un poco enredados porque van sueltos a merced del viento, la niña de ideas libres que corre por un pastizal o mejor aún, por un cam-





MUNICIPALIDAD DE
PARANÁ



po de flores silvestres, y también flores altas como margaritas u otras diferentes y variadas y no tiene otra preocupación que la de soplar un panadero y correr hacia el sol que está enfrente y que es suave, en el campo, en ese campo con el que siempre sueña y al que nunca llega, el campo que nunca está. Y brilla, y todo es luminoso a su alrededor. Y es una niña con el corazón sano que cree y espera, y espera sabiendo que se le otorgará. Y el sol es tibio, un sol que acaricia y cobija, no un sol que quema, una tarde de otoño o primavera, corre y lleva un vestido de viyela estampada como el de otras niñas y lleva el cabello suelto enmarañado un poco por el viento que toca también su piel y el sol entibia su rostro. No hay nubes solo un cielo celeste pálido no como esos cielos turquesas sino más suaves y todo fluye y se relaja y no hay tensiones ni malestares. Ahora bien, me pregunto dejaré de ser tan vulnerable y aún más... valdrá eso la pena.

Quisiera en más de un momento desintegrarme como un panadero, disolverme, perderme, desaparecer y hacerme viento y entonces acariciar los rostros amados, las flores y los sembradíos del campo. Hacerme brisa y subir alto, llegar al cielo, tocar las nubes, perder la conciencia, perder la corporeidad y ser solo energía, olvidarme de manera sincera, no silenciar sino borrar, diluirme despacio, lento y reunirme con el todo.

Alcanzará, me pregunto, con soplar y deshojar, desfibrar un panadero, habrá que encontrar también un trébol de cuatro hojas. Cuántos amuletos podrán otorgarme la flora de esta provincia, de esta zona, cuántos amuletos deberé tener para todos los años que vendrán cargados de dificultades y decisiones o caminos que escoger. Cuántos panaderos deberé atesorar, soplar y mirar para sanarme.

Soplé el panadero y lo miré elevarse en el aire. A menudo encontraba la flor del diente de león que es tan popular y crece contra toda adversidad o malestar en su entorno, ni más ni menos que como yo y tantos otros que crecemos y pasamos de un año a otro contra adversidades e indiferencias. Siempre me ha llamado la atención y he sentido que ocultan un secreto preciado acerca de la vida, que aún no terminamos de descifrar.

Mis ojos se dilatan nuevamente y casi se salen de las cavidades que los sostienen frente al diente de león que da una flor amarilla y también es conocida como achicoria amarga o botón de oro. Es una planta que tiene muchas propiedades curativas; siendo la más importante su capacidad de purificar el organismo de sus-





tancias tóxicas. Quizás, así, de esa manera, purifique y oxigene el alma y el corazón, pienso.

Estoy terminando el nivel primario de la escuela y he descubierto que me gusta escribir, me gusta como soplar panaderos y con un poco de esfuerzo forjar historias o mundos, como forjo y obligo al panadero a dispersarse por el aire y desintegrarse y convertirse en otra cosa. Voy a escribir diarios en un tiempo futuro, crónicas también; pero lo que más me gusta escribir son cuentos y por qué no novelas. Llegará el momento de escribir poesía y también de abandonar ese género y anclarse en la narrativa. Me gusta y me gustará escribir historias.

Como me gusta leer, a veces me ayudo para comenzar mis historias y veo qué comienzos, qué palabras emplean los famosos autores para dar inicio a una narración, para echarla a andar; puesto que es una tarea crucial y de gran dificultad ponerla en marcha.

Dentro de muchos años también me ayudaré y conectaré con la escritura escuchando música que tenga poesías en sus letras y así seré toda esencia y no quedará otra cosa que eso. No quedará otra cosa que el anhelo y la concreción de sentir mi esencia y despojarme de tanta materialidad, tanta superficialidad y ser solo palabras.

Habrà muchas historias. Una vez puestas a andar, algunas historias toman velocidad e incluso pareciese que marchan solas y encuentran atajos o caminos que una no había pensado para ellas y entonces me debato entre traerlas al camino previsto o dejarlas ser y contemplar con aprobación cuál es el destino final que quieren conseguir. Otras historias tienen un paso cansino y les cuesta más encontrar su rumbo y empezar a hacer camino, algunas historias se desgranán y se tejen en mi cabeza, en mi mente, enlazadas entre mis dedos con la suavidad que se desgrana y desaparece un panadero en el aire y vuela hacia el horizonte, aunque a veces hay que soplar con mucha, pero mucha fuerza. Otras crecen firmes como crece, a veces, el diente de león en mi corazón.

INSURRECCIÓN

Con este cuento de Graciela Noemí Caffé vamos a homenajearla en esta revista. La escritora falleció días atrás y fueron numerosos los comentarios de afecto y aliento de sus amigos y familiares.

Con Ana Editorial publicó **Una mañana de sol**, libro al que pertenece *Insurrección*; sabemos, porque lo editamos y lo charlamos, para ella era muy importante. Y estábamos a mitad de camino de publicar otro libro, uno que reuniría lo más importante de su obra poética; proyecto que queremos concretar.

Siempre le dijimos, y más de una vez, que estábamos agradecidos por habernos elegido. ¡Hasta siempre escritora! En las páginas de tus libros, en la literatura, volveremos a encontrarnos.

Otro encuentro conmigo, que cada vez estoy más insoportable. ¿Por qué? porque después de varios años... SÍ, AÑOS... de paz en la convivencia, **Laquesoy** y **Laquedeberíaser**, **Laquesoy** se ha despertado rebelde y más alocada que nunca. Está totalmente sublevada, recibe órdenes y las desatiende o parece sumisa y luego salta en un aluvión de desatinos. Bueno, no tan desatinados. Solo



ha decidido VIVIR. **Laquedeberíaser** está llena de pánicos. Ha reinado sin discusiones por varios años y de repente se le convierte en páramo su feudo.

Laquedeberíaser, convencida de que la otra estaba adormecida por el dolor, le otorgó permisos. Al ver su buen comportamiento le dio libertad condicional a cuotas. Persuadida de que ya había madurado, se descuidó. **Yocompleto**, dice eso. Pero no hay caso, a **Laquesoy** hay que tenerla cortita, jamás va a cambiar. Es apasionada, volcánica, rebelde hasta el cansancio, insólita desprejuiciada, ávida de experiencias, lisonjera, cariñosa hasta el hartazgo y LIBRE, asombrosamente libre. Ella se sintió sujeta por **Amor**, pero **Amor** nunca creyó haber llegado a sujetarla entera. Al fin **Amor**, decidió aceptarla tal como era y fueron alocadamente felices. Su relación escapó a todas las estructuras. Un día se tiraron ambos de la nube más alta y **Amor** murió. Ella salió muy herida de la aventura y le llevó años reponerse. Por eso **Laquedeberíaser**, se confundió, creyó que había cambiado y se había vuelto lo más parecido a ella que fuera posible. ¡Pobre! ahora se recrimina y sufre. Tiene un miedo atroz de que la vuelva a meter en dudas, de que se le vuelva a burlar y que la descocada criatura se angustie y llore (porque al fin nunca ha dejado de ser una niña inconsciente y caprichosa). **Laquedeberíaser** está envejeciendo y no se siente capaz de volver a cuidar una convalecencia tan crítica como la pasada. Pero **Laquesoy**, está corriendo descalza bajo el sol del verano tardío. Falta muy poco para el invierno. NO, no estoy equivocada, por estas regiones se ha borrado el otoño. Solo existirá, si la pequeña duende encuentra por casualidad al **Amor**, revivido y transformado. Será un **Amor** perdurable, otoñal y dorado. Si lo hallara el invierno morirá para siempre. **Yocompleto** cuestiona todos los días:

—¿Cómo te descuidaste y la dejaste retozar? ¿Acaso no viste los síntomas? Últimamente se sonreía sola. Además se cambió el peinado, el color de los ojos. Si a veces los tiene rosado. Comenzó a vestir de verde y eso quiere decir que estaba retoñando. Y buscaba el sol y las distancias. No quería comer, la comida carece de importancia cuando **Laquesoy** está buscando su propio revenir. Lo peor es que la has dejado llegar al verano —Sacude la cabeza preocupado— ahora solo tú podrás contenerla, porque si no lo haces ambos volveremos a ser sus esclavos. Como ya lo sabes ella me cautiva y termina dominándome.

Lo cierto es que **Laquesoy** se ha desmadrado. Y eso... es gravísimo.



TORTA ASADA

Este cuento pertenece al libro **Narguile**, de Julián Obeid.

Ramón vive en un rancho bien plantado, paredes de adobe y techo de paja. Está ubicado a un costado de la bajada empedrada que lleva al Puerto Nuevo, pasando la curva del curandero. Lo blanquea con cal una vez al año para correr la vinchuca. La cumblera fue cortada en buena luna, por eso no está vencida, ni abichada. Tiene varias gallinas, algunas tan antiguas que ya no ponen. Dos perros, el joven no tiene nombre y el viejo, casi ciego, se llama Tuquea.

Ramón se levanta de madrugada para calentar el horno de barro con varas de rama negra seca. Le da unos pedacitos de pan a un lorito muy charlatán, que duerme en un cajón de madera todo picoteado. Un gallo colorinche y noviador canta despabilado desde temprano. Tiene que cocinar las tortas que preparó la tarde anterior. Las vende en el puerto. Debe estar antes que tomen la gente y se arme cada mano de estiba. En ciertas ocasiones los tripulantes extranjeros, los Jony como decían sus mayores, también le compran.

En el muelle de cemento está amarrado un paquete de bandera griega, que carga trigo embolsado con destino a Europa. Ramón escuchó en la agencia marítima que los entrepuentes están en mal estado, por lo que la carga demandará más tiempo. Buena noticia para él, le aumenta la clientela.

Prepara las tortas asadas cumpliendo la receta de su madre: cinco partes de harina, una parte de grasa, dos partes de agua fría y sal. Las deja tapadas sobre la gastada mesa de madera para que no las ataque el mosquerío, así lo afirma Ramón.

Vive sólo desde que sus padres murieron y sus hermanos se fueron ayuntando. Ramón se viste como siempre: bombacha criolla de pernera angosta, alpargatas de yute, un sacón claro de tela rústica todo remendado. Gorra para cuidar la cabeza del sol o del frío. Mientras arma el mate recuerda que una vez un Jony todo doctorado, mirando sus bombachas largó una palabra medio rara: Crimea.

Carga las tortas en un canasto de mimbre, que tapa con un repasador grande. Su padre fue portuario, siempre lo tomaban



porque sabía estibar alto en galpón. Su madre le enseñó el oficio, vendía pan casero, torta frita y asada. Era muy limpia, por eso Ramón lava prolijamente todos los utensilios y enseres con jabón blanco, que luego cuelga en orden en las ramas de una pequeña morita que tiene en el patio.

Baja al puerto antes del amanecer, acompañado por Tuque. En el boliche de Pascual se toma una caña. Ya hay mucha gente a la espera del inicio de carga. Escucha comentarios sobre cosas que no entiende: sindicato, anarquismo. También circula un folleto llamando a la huelga, Ramón no sabe leer. Cuando aclara, pasa apurado por la sucursal del correo, le deja dos tortas para el jefe de la oficina. También vende varias a los empleados de la

agencia marítima; funcionan en el mismo edificio. En la puerta, el práctico de río comenta:

—En el kilómetro 495,5; asoman los palos del Cosme y Damián.

El guardia de la subprefectura lo saluda.

Arman dos manos, de diez hombres cada una. El aguatero agrega un litro de caña cada cinco de agua. El buque esta escorado a babor; un primer oficial joven de pelos colorados y piel muy blanca, da órdenes en inglés, a los gritos y enojado. Alguien comenta que el capitán está encerrado en su camarote desde el arribo a puerto, en una borrachera permanente. Ramón aprovecha el cambio de turno, vende lo que puede. A un costado del muelle, Placido prepara su canoa para ir a cucharear en un arroyo que está ubicado pasando la boca de La Manzana. Lleva la escopeta, siempre algún bicho se cruza. Una fila nutrida de puebleros hace cola para comprar boleto en el buque de pasajeros que está amarrado, somnoliento y tranquilo, en uno de los muelles de madera.

Llega la noche, el trabajo en el barco deja un poco de plata a los estibadores. En el rancho del negro Tránsito hay envite. Ramón se arrima en silencio, varios envalentonados pegan unos gritos. Hay poca luz, se ubica en un rincón y toma un único vino. Ramón no juega, fue a pasar el rato. El tallador es un foráneo conversador y entretenido. Rápido de manos, entre cuento y cuento, desvía algunas cartas. Alguien ubicado en la penumbra lo advierte, pateo la mesa y saca un cuchillo. En el entrevero tumban el farol de querosén y todo sigue a oscuras. Llegan varios policías a caballo y sin tener nada que ver en la gresca, Ramón recibe un tiro en la pierna. Lo llevan al hospital en un carro, pierde mucha sangre. Es fuerte, se salva de milagro.

—Tenés suerte, el plomo no dañó la femoral. De lo contrario, no contás el cuento —le explica el médico que lo asiste.

Mientras permanece internado, nadie lo visita. Ramón está acostumbrado a la soledad. Tiene una cicatriz enorme en el muslo izquierdo, cocida como un matambre. Cuando le dan el alta, una de las enfermeras le pregunta:

—¿El perro medio ciego es suyo? Está echado hace varios días en la puerta del ingreso —luego agrega que ella, por compasión, le arrió un poco de agua y restos de comida. El Tuque lo mira sin ver y hace unos torpes movimientos con la cola.

Ramón regresa renqueando. Los dos bajan despacio al puerto, hay que preparar unas tortas para el día siguiente.

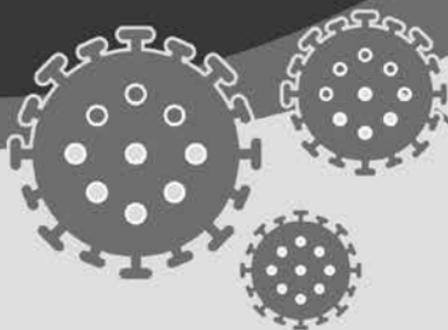


senado
ENTRE RÍOS

www.senadoer.gob.ar

CORONAVIRUS

COVID-19



Ante cualquier
duda o síntoma

LÍNEA OFICIAL
0800-777-8476

ATENCIÓN
24hs.



Ministerio de
SALUD
Gobierno de Entre Ríos